

AMOROSA MATRIMONIAL

inicial se desvanezca, hay que encerrarlo en un ánfora adecuada, y ese molde en donde se destilará la dicha conyugal, es la relación pasional, la plástica matrimonial.

Ya lo había dicho Jesús de Galilea: "7. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se juntará a su mujer. 8. Y los que eran dos serán hechos una carne, así que ya no serán más dos, sino una carne" (S. Marcos. C. X.).

Y con palabra ligera y aguda lo ha dicho el pastor evangelista alemán Wilhelm Schreiner: "...Por eso es el matrimonio como unión sexual, autofinalidad. Matrimonio en su sentido es unión sexual. Esto quiere decir: unión, ya que mutuamente se donan los cónyuges cuerpo y alma, sin reserva alguna, ni aun basándose uno de ellos en su supremacía vital arbitrariamente mal interpretada. En su cualidad de unión sexual realizada por el cuerpo y el alma, brinda el matrimonio la dicha de poder gozar su unidad completándose, sintiendo por ello profundización y renovación del ansia de vivir personal." Como vemos, aun desde atalayas religiosas ortodoxas es posible contemplar serenamente y a la luz del alba científica, el aspecto plástico del matrimonio. Ya no es posible retornar a los tiempos idílicos descritos por Longo, en los cuales Dafnis y Cloe vivían la gloria ingenua de su amor en el bosque esmeralda, bajo el azul dosel del cielo. Ese robinsonismo amoroso resulta hoy en pugna con las condiciones de la vida moderna y es preciso que para evitar desastres conyugales, se cultive antes del matrimonio por los futuros contrayentes, del mismo modo que adquieren la cultura de sus diversas aptitudes, el arte de la técnica erótica del matrimonio.

Resulta tanto más necesario hacerlo, cuanto que entre las tribus mal llamadas civilizadas de centro África, se practica por las personas ancianas y más respetadas del poblado, una educación prematrimonial en toda regla que se hace extensiva a ambos sexos.

Ya no es por la felicidad conyugal, sino por la posible descendencia conyugal, que es imprescindible esa cultura del matrimonio. Pues como ha dicho muy acertadamente Marañón "El que el instinto nos lleve a la paternidad, no es razón para que la paternidad se abandone al instinto".

Importa mucho que los esposos no hagan de su matrimonio y descendencia un trágico juego de azar cuyas consecuencias podrían repercutir dramáticamente, tanto en ellos como en sus seguidores. La plástica amorosa matrimonial no puede confiarse a la intuición de los cónyuges, pues hacerlo es empujar inconscientemente el matrimonio hacia el abismo de las calamidades.

Reaccionando vivamente ante la indiferencia o el temor de las gentes hacia el asunto, los que deseen realizar un supermatrimonio deben preocuparse de estudiar las condiciones necesarias para el buen florecimiento del mismo. El buen sembrado no se obtiene lanzando a manos llenas una semilla sin fijarse en las cualidades del terreno, sino analizando previamente el subsuelo en el cual han de germinar.

No es este el momento propicio para divulgar recursos y técnicas que favorezcan la feliz relación matrimonial, pero sí debemos hacer alusión a un solo punto de las mismas, acaso la rompiente en la cual cabecean todos los bajeles matrimoniales.

Harto frecuentemente estiman las personas casadas

que la atención que de solteros dedicaban a su amor, debe reservarse una vez ya unidos en matrimonio, a más trascendentales asuntos; con lo cual resulta, que suprimido el mutuo asedio espiritual, la relación matrimonial degenera en el mejor de los casos, en continuada asociación amistosa para resolver los múltiples problemas que el matrimonio plantea y en unión plástica exenta del idealismo amoroso que unió a los enamorados.

Consecuencia de tan erróneo punto de vista, es que la pasión conyugal, dejando de ir avalada por la savia vital del platonismo amoroso, acaba por languidecer y morir por aislamiento, en el islote acantilado en que voluntariamente la encerraron los esposos. Entonces, éstos tratan de bucear en el mar de sus desdichas para hallar la causa de sus desavenencias. Vano empeño. La causa no está a flor de piel, no radica en los disgustos superficiales de la vida cotidiana como ellos equivocadamente estiman, sino en aquella vena subterránea de atracción pasional mal encauzada, que acabó por convertirse en antagonismo. Los menudos disgustos cotidianos no son sino síntomas, eflorescencias superficiales de esa burbujeante pasión matrimonial que comprime en un estrecho recinto, sin vía de escape alguna, sale por las válvulas de las rencillas. La causa del infortunio conyugal es profunda y sintomáticas las desdichas cotidianas, tal y como esos líquenes azules que brotan en el suelo roquizo, revelan la existencia de la profunda corriente de agua que los vivifica.

El remedio es sencillo. No precisa sino valor para afrontar la situación. El durmiente del cuarto que oye ruidos nocturnos y vive en perpetua intranquilidad, recupera la calma cuando desechando temores fantasmales, se levanta y halla el gato jugando con la sonora caja de cartón.

Los fantasmas de la infelicidad que arrastran sus pavorosas cadenas por el pavimento matrimonial, podrían ser vencidos fácilmente con un poco de decisión conyugal. Bastaría percatarse de algunos postulados previos. Proyectémoslos telegráficamente: I) Al matrimonio nos conduce un impulso de pareja, que en el fondo traduce una tendencia a la unificación con el ser amado. II) Esa tendencia a la unidad no puede mutilarse; debe ser integral, o sea a la vez plástica y espiritual. Relegar a lugar secundario una de las facetas, es inutilizar la medalla nupcial. III) La plástica matrimonial requiere un cuidadoso estudio y profunda atención, técnica adecuada y delicado idealismo. IV) El modo de elevar biológicamente la plástica citada a la categoría de sólido cimiento conyugal, es idealizarla, espiritualizar la pasión, proyectando sobre ella la luz de la razón, la llamarada del idealismo. V) Para realizar esa espiritualización, hay que considerar la pasión nupcial como el sagrado ritual de la dicha de los esposos.

Sencillo en teoría. Difícil en la práctica. Más urge reaccionar contra la indiferencia que hasta hoy dominó frente al problema.

La conservación de una plástica matrimonial correcta, abrirá las puertas de la dicha a los esposos, les hará encontrar en su matrimonio un modo de progreso moral, de elevación espiritual, engrandecimiento del alma.

Con el mismo fervor que de novios cultivaron el platonismo amoroso los enamorados, deben de casados, regar la planta plástica y las flores líricas de su amor. Sólo así, conseguirán que para ellos se abran las puertas del Santuario de la Felicidad.

